

363

Dudo, luego existo

Escribe: Carlos Rojas

En su último libro, *Espanoles sin fronteras*, volvía a citarnos y recordarnos Marino Gómez-Santos el conocido criterio del doctor Gregorio Marañón: más que una ideología, el auténtico liberalismo es un sistema de valores y una forma de proceder en la vida. Siempre en palabras suyas, las de don Gregorio: «El que es fiel a su conducta está, por ello mismo, obligado a respetar, sea lo que fuere, la conducta de los demás». Dicho sea de otro modo, también muy marañoniano, se empieza a ser liberal cuando se admite la posibilidad de que el otro, no yo, pueda tener razón.

Si por mor de premura y obligada brevedad, orillamos una tangencial aunque evidente influencia de Giner y de su institución libre en esta forma de pensamiento, debemos remontarlo a los humanistas del siglo XVIII, tan admirados por Marañón. Como diría Collinwood, por primera vez entonces y entre ellos el hombre kantiano, «ente racional», exige un proceso histórico donde vivir, mientras deviene la historia no sólo progreso hacia la racionalidad sino avance constante en racionalidad. *Le jour que tous les hommes soient éclairés...* El día en que la entera humanidad sea razonable, será también virtuosa. Al menos, según *monsieur Denis Diderot*.

El punto de vista de Marañón, el posible aval de las razones del adversario frente a las mías, me parece más antitotalitario que verdaderamente liberal. El fascismo no es sólo la revuelta de la guardia pretoriana del capitalismo, como lo creen los marxistas, sino que es sobre todo una reacción contra el parlamentarismo del siglo XVIII, en nombre de la raza o del partido único. También Lenin, en tiempos anteriores a la *détente*, proclamaba aquello de que «quien no está con nosotros está contra nosotros». El mismo jovial Kruschov, el del deshielo y la denuncia de los crímenes de Stalin, auguraba con el índice en alto: «Desengañaros. Tarde o temprano os sepultaremos».

Curiosamente un criterio parecido al de Marañón reiterase en los colaboracionistas intelectuales, cuando los tanques extranjeros les invaden el país indefenso. Léon Degrelle, a quien don Gregorio prologó un libro, decía algo así como haberse retorcido el alma en el pecho mientras los nazis entraban en Bélgica. Luego, por aquello de la primacía de las razones ajenas, se puso a su servicio y se fue con ellos a luchar



contra la URSS. En otro siglo, un dramaturgo entreverado de ironía y de amargura, Eurípides, lo habría comprendido sonriendo y encogiéndose de hombros.

En *Hécuba*, tal vez su obra maestra, Ulises y Agamenón razonan de forma semejante ante la reina de Troya, vencida y apresada: matamos a tu hijo Héctor. Sacrificamos a tu hija Polixena, para que los dioses nos deparen vientos de popa. Consentimos el asesinato de tu otro hijo, Polidoro, por unos miserables dineros. Te encerramos en lo que otro día llamarán un campo de concentración, donde perecerás a corto plazo. No obstante, entretanto, enjuga el llanto y considera la maravillosa posibilidad ética de que los otros, aquí nosotros los griegos, tengan razón. Si Hécuba hubiese aceptado semejante falacia, en vez de desesperar y transformarse en perra, se habría convertido en Quisling. Lo cual probablemente es aún peor.

A mi entender, el verdadero liberalismo empieza por uno mismo, al igual que la caridad de los egoístas y quizá por aquello tan orteguiano de que en último término, en este mundo al menos, sólo cuento con mi propia vida. Dicho sea de distinta forma, seré liberal en tanto logre admitir la posibilidad de que yo, no el otro, pueda no tener razón. Dudo, luego existo y sólo sé que este convencimiento nunca pudo sentirlo Ulises ni Agamenón, al menos en *Hécuba* de Eurípides. Si se le pasó por las mientes a Léon Degrelle, en verdad lo ignoro porque no tengo el gusto de conocerlo.

Paradójicamente tal criterio era también ajeno a Diderot y demás humanistas del siglo XVIII. Todos ellos creían en posesión de una verdad propia, absoluta e irrevocable. Una verdad reducida al dogma del poder omnímodo de la razón, que en fecha muy próxima arrebataría el paraíso a los cielos para establecerlo en la tierra. Como ha escrito Isaiah Berlin, por última vez se imaginó entonces la dicha y la omniscencia universales como posibles y también muy próximas. Lo demás es historia conocida.

En este punto, abrevio y concluyo. De paso suplico al lector, quienquiera que sea, no prestar demasiada atención a mis razonamientos. En resumidas cuentas también cabe la posibilidad de que me equivoque al dudar de mí mismo e irónicamente sea yo, no el otro, quien tenga razón. ■

"LA VANGUARDIA" Barcelona 7 Ago. 83